

todas las festividades de la Virgen, y los sábados hazla algun obsequio particular, como ayunar en ellos; ó cosa equivalente. Da todos los años algun publico testimonio de tu amor á tu divina Protectora; renuévale todos los meses, todas las semanas, y aun todos los dias, ya rezándola regularmente el santo Rosario, ya su oficio Parvo, ó á lo menos el de su inmaculada Concepcion. Muchos cofrades comen de vigilia todos los miércoles; otros, en lugar de esta abstinencia, dan alguna buena limosna, ó rezan el rosario entero. En fin, no se te pase dia sin honrar el santo escapulario con alguna devocion ó mortificacion.

## DIA XVII.

### MARTIROLOGIO.

**SAN ALEJO**, confesor, hijo del senador Eufemiano, en Roma; el cual la primera noche de sus bodas, se partió de su casa dejando intacta á su esposa, y emprendió una larga peregrinacion: al cabo de ella volvió á Roma, y engañando al mundo de un modo nunca oído, fué acogido como pobre en la casa de sus padres donde permaneció desconocido por espacio de diez y siete años. Despues de su muerte dándole á conocer una voz que se oyó en las iglesias de Roma y un papel que dejó escrito, en tiempo del papa Inocencio I, fué trasladado con solemne pompa á la iglesia de S. Bonifacio, en donde resplandeció con muchos milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

**LOS SANTOS MÁRTIRES SCILITANOS** ESPERATO, NARZAL, CITINO, VERTURIO, FELIX, ACILINO, LETANCIO, GENARA, GENEROSA, VESTINA, DONADA Y SEGUNDA, en Cartago; los cuales por mandato del *prefecto* Saturnino á su primera confesion fueron encarcelados y enclavados en unos postes, y por último degollados. Las reliquias de Esperato junto con los huesos de S. Cipriano y la cabeza de S. Pantaleon mártir, fueron trasladadas del Africa á Francia, y colocadas solemnemente en Leon en la iglesia de S. Juan Bautista. (Fueron llamados los *Mártires scilitanos*, porque eran de la provincia consular de Scilita, siendo los primeros que dieron la vida en Cartago por confesar á Jesucristo.)

**SAN JACINTO**, mártir, en Amastris en Paffagonia; el cual habiendo padecido muchos tormentos por decreto del *prefecto* Castricio, murió en la cárcel. (Por mandato de un ángel se le puso el nombre de Jacinto, y solo contaba tres años quando resucitó á un muerto con solo invocar el nombre de Jesus. Dió ocasion á su martirio el haber arrancado un árbol que los idólatras tenian en suma veneracion.)

**SAN GENEROSO**, mártir, en Tivoli.

**SANTA TEODOTA**, mártir, en tiempo de Leon el Iconoclasta, esto es, el destructor de las santas imágenes, en Constantinopla.

**LA DICHOSA MUERTE DE SAN LEON IV**, papa, en Roma. (*Véase su historia en las de hoy.*)

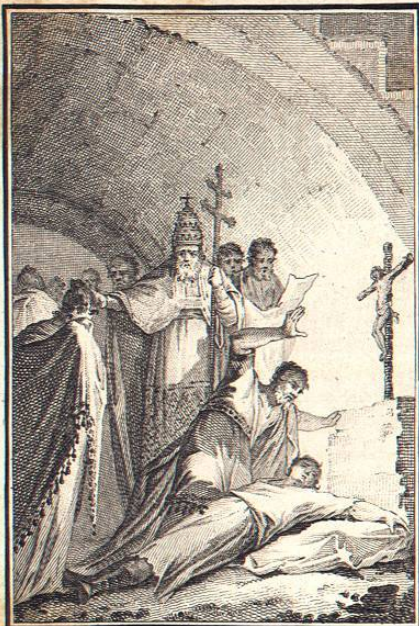


**SAN ENNODIO**, obispo y confesor, en Pavia. (Era oriundo de las Galias y de noble estirpe. Combatido de remordimientos por los desórdenes de su juventud se consagró a la Iglesia ordenándose con el consentimiento de su mujer, joven rica y bella, la cual hizo tambien voto de perpetua continencia. Escribió varios tratados en defensa de la Iglesia, combatida entonces por el cisma, y publicó la apologia de Teodorico, rey de Italia, la vida de S. Epifanio de Pavia y la de S. Antonio de Lerins. El clero de Pavia lo eligió por su obispo. Murió en el año 521.)

**SAN TEODOSIO**, obispo, en Auxerre.

**SANTA MARCELINA**, virgen, hermana de S. Ambrosio, obispo, en Milan; la cual en la basilica de S. Pedro en Roma, recibió el velo de la religion de manos del papa Liberio: de la santidad de esta virgen da buen testimonio el mismo S. Ambrosio en sus obras.

**LA TRASLACION DE SANTA MARINA**, virgen, en Venecia. (Véase su historia en el dia 18 de junio.)



S. ALEXO, C.

#### SAN ALEJO, CONFESOR.

**C**ELEBRA la Iglesia en este dia la fiesta de S. Alejo, tan conocido por el generoso desprecio que hizo de los gustos y conveniencias de esta vida, y por la heroica victoria que consiguió de la carne y de la sangre.

Nació en Roma hacia la mitad del cuarto siglo, siendo emperador Valentiniano I. Su padre fué Eufemiano, uno de los mas ricos y mas ilustres senadores de la ciudad; su madre Aglais, cuya nobleza era igual y en todo correspondiente á la de su esposo; pero ambos mas recomendables por su notoria virtud que por su nacimiento ni por sus bienes de fortuna. Su casa era el abrigo de todos los pobres, y su caridad parece que no podia llegar á mas. Fuera de las muchas limosnas secretas que repartian entre los pobres honrados y vergonzantes, cada dia daban de comer á trescientos ó cuatrocientos á la puerta de su casa; de manera, que todas sus grandes rentas se consumian en limosnas. Inclinábalos mas á esta misericordiosa liberalidad el ballarse sin sucesion y sin heredero; pero al fin, les concedió el cielo uno que desde luego le consideraron por fruto de sus limosnas y de sus oraciones.

El nacimiento de Alejo llenó de gozo á toda la familia; pero la santidad de su vida la colmó con el tiempo de gloria y de esplendor. Pasó los primeros años de su niñez en compañía de sus padres, cuyos ejemplos y cuya doctrina eran igualmente eficaces para grabar en su tierno corazon el amor á todas las virtudes. Pusieron el mayor cuidado en buscarle maestros que fuesen tan hábiles en la ciencia de los santos como en las ciencias humanas.



Hizo en estas tan extraordinarios progresos, y en tan poco tiempo, que acreditó bien la excelencia de su ingenio; y como por otra parte era de índole suave y apacible, de mucha viveza y de rara penetracion, acompañado todo de unos modales naturalmente gratos y cortesanos, en pocos años fué la admiracion y las delicias de la ciudad y de la corte.

Pero todo esto le hacia poca impresion. Al paso que iba creciendo en sabiduría, crecia tambien en virtud, y desde luego se reconoció el tedio y el disgusto á las cosas del mundo que le inspiraba su tierna devocion. Por lo mismo se dieron priesa sus padres á que tomase estado; y significándole el deseo que tenian de casarle cuanto antes, prestó su consentimiento. Tanto por su nacimiento, como por sus grandes bienes y por su notoria virtud, se le proporcionó con la mayor facilidad la mas apreciable conveniencia; era una doncella romana de la primera calidad, en quien se competian la virtud y la hermosura, formada, al parecer, espresamente por el cielo para coronar las felicidades de aquella ilustre familia. Había condescendido Alejo con la voluntad de sus padres, precisamente por el respeto que les profesaba, y por el miedo de no disgustarlos con la resistencia; en cuya consideracion la boda que se acababa de celebrar con grande solemnidad, no le entibió el fervoroso deseo de ser todo de Dios, sin repartir el corazon con alguna criatura.

Encendiósele mas este deseo luego que se desposó; y tomó la generosa resolucion de romper de una vez todos los lazos que podian aprisionarle en el mundo. Persuadióse á que sola la fuga le podia facilitar la ejecucion de su generoso intento; y el mismo Dios que se la inspiró, le sostuvo en ella. Mientras la casa de Eufemiano se hundia, por decirlo así, con la fiesta de la boda, y mientras toda la ciudad concurría á ella, interesándose toda en su justo regocijo, entró Alejo en el cuarto de su esposa, presentóla una sortija y un cintillo de inestimable valor, suplicóla que se sirviese admitir aquella corta demostracion en prendas de su tierno amor, y sin decirle mas, se retiró; salióse secretamente de casa de sus padres, y dirigiéndose al puerto disfrazado, se metió en un navío que estaba para partir, y se hizo á la vela para Laodicea.

Tardóse poco en reconocer la no esperada fuga de Alejo. Convirtióse la casa de Eufemiano en llantos, en clamores, en diligencias. Búscanle, infórmanse, preguntan, examinan, despáchanse propios á todas partes; pero todo inútilmente. Estaba ya Alejo en alta mar cuando le andaban buscando dentro de Roma. No cabe en la ponderacion el dolor de sus afligidos padres cuan-

do perdieron del todo las esperanzas de tener noticias de él; todo era lágrimas, sollozos y suspiros; el padre anegado en afliccion, la madre sin consuelo, la mujer jóven y desamparada, dia y noche ahogada en llanto; solo se esplicaban por los ojos, y si pronunciaban alguna palabra, era esta: ¿Adónde estás, nuestro querido Alejo? Mientras tanto llegó el Santo á Laodicea; y temiendo ser conocido en esta ciudad, partió á pié para Edesa, donde resolvió fijar su asiento, como pueblo muy á propósito para vivir desconocido y en una estrema pobreza. Repartió entre los pobres lo que le habia quedado, y se entregó en manos de la Providencia. Por extranjero, por el aire de simplicidad que afectaba, por lo pobre y andrajoso de su vestido logró buena cosecha de insultos y desprecios. Mirábanle como á un hombre sin mansion y sin oficio, como á un holgazán y vagamundo, por lo cual le daban limosna con dificultad y de mala gana. Los muchachos le escarnecian, el vulgo le ultrajaba, y en aquel general abatimiento triunfaba Alejo, inundado su corazon en una santa alegría, viéndose harto de oprobios, á imitacion de su divino Maestro.

Por su tierna devocion á la santísima Virgen, que habia mamado con la leche, y habia crecido con la edad, escogió la iglesia de nuestra Señora para su residencia ordinaria. Pedía limosna á la puerta de esta iglesia algunas horas del dia, y las demás las pasaba en oracion. Por la noche dormia en el pórtico de ella tendido en la dura tierra.

Era muy contraria la vida presente á aquella en que se habia criado, y así en breve tiempo se desfiguró de manera que no era posible conocerle. Llegaron á Edesa en busca de su algunos criados de su padre, con la noticia que tuvieron de que un mancebo se habia embarcado para el Oriente; conociólos él muy bien, pidióles limosna, y se la dieron, sin saber á quién se la daban. No estuvo largo tiempo escondida una virtud tan extraordinaria; dióse á conocer, á pesar de sus andrajos y de sus diligencias para ocultarla, confundiéndose con la gente mas vil, y afectando groseria en sus modales. Corrió la voz por la ciudad, de que el extranjero que pedía limosna á la puerta de la iglesia de nuestra Señora no era lo que parecia. Cada uno contaba lo que habia notado en él: unos ensalzaban su modestia y su dulzura; otros su recogimiento, su devocion, su humildad y su paciencia. Todo esto servía de mortificacion á nuestro Santo, haciéndosele intolerable la estimacion con que le comenzaban á tratar; pero lo que dió mas vuelo á su reputacion, y lo que aumentó tambien el dolor á su humildad, fué el milagroso testimonio



que el mismo Dios quiso dar de su virtud. Considerando un día el sacristan de nuestra Señora la humildad, el agrado, la constancia y el continuo ejercicio de oracion que habia observado en Alejo, oyó una voz que le pareció salir del simulacro de la santísima Virgen, colocado sobre la puerta, la cual le decia, que aquel pobre que nunca se apartaba del pórtico de la iglesia era un gran siervo de Dios, cuyas oraciones podian mucho con el Señor. El buen sacerdote, que ya de antemano le miraba con veneracion, le hizo grandes instancias para que admitiese un cuarto de su casa, ofreciendo asistirle con todo lo necesario para la vida.

Sobraba mucho de esto para sobresaltar á la humildad del siervo de Dios; pero lo que últimamente le determinó á dejar un país donde era ya tan honrado, fué otro segundo testimonio que dió el Señor de la santidad de su siervo; porque hallando un día cerrada la puerta de la iglesia, oyó el portero á la misma imágen, que le decia: *Abre, y deja entrar al hombre de Dios, cuyas oraciones son tan bien recibidas en el cielo*: milagroso suceso, que estendido por toda la ciudad, obligó á Alejo á salir de ella cuanto antes. Embarcóse en el primer navío que se hizo á la vela, suplicando al Señor le encaminase donde fuese su voluntad. Era el intento del capitan y del equipaje partir á Laodicea, y el pensamiento de nuestro Santo trasferirse desde allí á Tarso; pero una furiosa tempestad llevó el navío á las costas de Italia, y le metió en el puerto de Roma.

Conoció entonces Alejo que Dios le habia conducido á su mismo país para disponerle á una victoria mucho mas gloriosa que todas las antecedentes. En fuerza de esta luz, resolvió entrar en Roma para vivir en ella como habia vivido en Edesa; y queriendo el Señor dar á su Iglesia un ejemplo del mas perfecto desasimiento que se habia visto hasta entonces, y la prueba mas sensible de lo que puede su gracia, le inspiró la resolucion de irse derecho á casa de sus mismos padres, sabiendo la caridad con que eran recibidos en ella todos los pobres. Lleno de valor, y de un fervoroso deseo de corresponder con fidelidad al interior impulso de la gracia, llegó á la puerta del palacio de Eufemiano, y acercándose á él á tiempo que volvia del senado, le dijo: *Señor, tened piedad de este pobre de Jesucristo, y permitid se recoja en algun rincón de vuestro palacio, que Dios os pagará esta grande caridad*. Enterneciéndose estraordinariamente Eufemiano al oír aquella humilde súplica, y admirado él mismo de no poder contener las lágrimas á vista de aquel pobre extranjero, dió orden á un criado de que le alojase en algun rincón, y

cuidase de darle de comer todos los dias. No gustó mucho el criado de tal orden; teniéndola por sobrecarga; y mirando con ceño al pobre que le ocasionaba aquel ligero trabajo, despues de hartarle de injurias y desprecios, le alojó en un aposentillo muy oscuro debajo de la escalera principal. Luego que Alejo se vió en él, fué su primera diligencia dar muchas gracias al Señor por verse tan maltratado en la misma casa de su padre.

No es fácil explicar lo mucho que el Santo tuvo que sufrir de la insolencia y de la rusticidad de los criados por espacio de diez y siete años que le duró aquella vida. Teniéndole por algun esclavo fugitivo, ó á lo menos por un holgazan y vagamundo de la mas vil canalla del pueblo, lo hicieron objeto y asunto de sus pesadimas burlas; su inalterable paciencia y mansedumbre le calificaban de estupidez; muchas veces le dejaban sin comer, y nunca le daban un triste bocado sin sazónarsele con alguna injuria. Alejo por su parte jamás estaba mas contento que cuando se veia mas maltratado; pero no dándose por satisfecho con esto, á los malos tratamientos de los otros añadia él rigurosas penitencias. Su cama era la tierra; sus muebles un Crucifijo; su ayuno continuo; su alimento pan y agua, y ese con tanta escasez, que no se comprendia como podia vivir; su ocupacion de dia y de noche era la oracion. Nunca salia á otra parte que á la iglesia; comulgaba todos los domingos; y las dulces lágrimas que deramaba eran efectos del divino fuego que abrasaba y derretia su corazon.

Pero ni la dureza de los criados, ni el rigor de sus penitencias era lo que le mortificaba mas; el tormento mas terrible y el mayor dolor que despedazaba su tierno corazon era el de tener siempre á la vista á un padre afligido, á una madre inconsolable, y oír incesantemente los ayes y los suspiros de una esposa, que mil veces al dia pronunciaba el dulce nombre de Alejo. Como tenia perpetuamente delante de los ojos estos objetos tan halagüenos como tentadores, cada momento renovaban en su amoroso pecho los naturales impulsos del amor y de la ternura; pero acudia inmediatamente á la oracion; protegiela la santísima Virgen; sostenia la gracia su valor, y le daba fuerzas para resistir tan porfiados y tan furiosos asaltos.

Despues de diez y siete años de tantas victorias como combates, quiso, en fin, premiar el Señor la heroica fidelidad de su gran siervo. Sabiendo por revelacion divina el dia y la hora de su muerte, se sintió fuertemente inspirado de Dios para manifestar al mundo las maravillas de la gracia, escribiendo él mismo la historia de su vida, que con tanto cuidado habia escondido á su



conocimiento. Hizolo así, espresando individualmente en un papel todos los pasos de su vida, su nombre, el de sus padres, el regalo que hizo á su esposa el dia de la boda, con todas las circunstancias mas menudas de su niñez y de su educacion; cerróle, apretóle en la mano, púsose en oracion, y colmado de merecimientos pasó dulcemente al descanso del Señor.

Aun no se sabia su muerte á tiempo que Eufemiano se hallaba en la iglesia de S. Pedro asistiendo á la misa que celebraba el papa Inocencio I, en presencia del emperador Honorio, donde se oyó una milagrosa voz que decia: *Acaba de espirar el siervo de Dios: es grande su poder, y murió en casa de Eufemiano.* Fué general el asombro; pero mayor que todos el de Eufemiano, el cual llegándose al emperador, le dijo: *Señor, si es cierto lo que nos anuncia esta voz, el Santo no puede ser otro que un pobre extranjero á quien muchos años ha recojí en mi casa por caridad.*

Luego que se acabó la misa, el papa y el emperador, seguidos de innumerable gentío, se dirigieron á casa del senador Eufemiano. Acudióse inmediatamente al aposentillo del siervo de Dios, y le hallaron muerto, tendido en el suelo. Al mismo tiempo que todos los concurrentes estaban preocupados de los primeros movimientos de respeto y de veneracion, se reparó que tenia un papel cerrado en la mano. El ansia y la curiosidad de saber lo que contenia movió á Eufemiano á quererle tomar; pero no le fué posible arrancárselo. Mandó el papa que todos se hincasen de rodillas; y dichas algunas oraciones, él mismo se le sacó sin dificultad, y se le entregó á Aecio, canciller de la Iglesia romana, mandándole que le leyese en alta voz. No hay voces para esplicar el asombro y la admiracion de todos cuando llegaron á entender que el imaginado extranjero era Alejo, hijo del senador Eufemiano, y se enteraron de toda la historia de su portentosa vida.

Mas fáciles son de concebir los afectos de las diferentes pasiones que se apoderaron de todos los concurrentes, con especialidad de Eufemiano y de toda su familia. Al primer pasmo sucedió inmediatamente la admiracion y el sentimiento, el gozo y el dolor; y batallando entre éstos distintos afectos el corazon de aquel dichoso padre, se arrojó sobre el cuerpo de su hijo, explicándose no con voces, sino con lágrimas y gemidos.

Mientras se procuraba arrancar al venerable anciano del santo cadáver, llegaron la madre y la esposa del siervo de Dios. No es posible ver espectáculo mas tierno; regaron el cuerpo con sus lágrimas, sin poder al principio articular una palabra, cortándolas el respeto y el dolor; pero al fin, pudiendo el dolor mas que

el respeto, se desahogaron las dos en quejas amorosas: *Hijo mio Alejo* (esclamó la madre) *¿es posible que siquiera no me dejaste recibir tus últimos suspiros? Esposo mio de mi vida* (continuó la nuera) *¿qué te hice yo para que me hubieses tratado así? ¿Es posible que era mi hijo* (volvía á esclamar la madre) *aquel pobre que todos los dias tenia delante de mis ojos! ¿Es posible* (tornaba á gritar la nuera) *que aquel pobre tan mal sustentado y tan ultrajado era mi dulce esposo, y que no lo haya sabido yo hasta que ya no está en esta vida!*

Estendida por toda la ciudad la noticia de esta maravilla, acudió toda Roma al palacio de Eufemiano, ansioso cada uno de lograr el consuelo de besarle, ó á lo menos de ver el santo cuerpo. Creció el concurso con los milagros que obró Dios en la misma hora; y aunque se arrojaron monedas al pueblo para divertir la gente y para que se retirase, pudo mas la devocion que la codicia; de manera, que no fué posible abrir paso por el concurso para conducir el cadáver á la iglesia hasta que los soldados le abrieron con espada en mano. Acompañaronle el papa, el emperador y todo el senado, convirtiéndose los funerales en un triunfo tan pomposo cual no le vió Roma semejante. Al principio se llevó el santo cuerpo á la iglesia de S. Pedro para que el pueblo lograra la satisfaccion de verle y de venerarle, y de allí se le trasladó á la de S. Bonifacio, donde se habia desposado. Su padre, su madre y su esposa estuvieron siete dias enteros sin separarse de sus reliquias. Erigiósele un magnífico sepulcro, que hizo glorioso el Señor con gran número de milagros, y con el tiempo se convirtió en iglesia de S. Alejo el palacio de Eufemiano, que estaba en el monte Aventino, donde aun el dia de hoy se muestran algunos pasos de la escalera, bajo la cual estaba el aposentillo del Santo, y tambien una imagen de nuestra Señora, que se dice ser la misma que estaba colocada sobre la puerta de la iglesia de Edesa, y habló al sacristan en favor de S. Alejo.

#### SAN LEON IV, PAPA Y CONFESOR.

Fué hijo de un noble romano, y educado en el monasterio de S. Martin fuera de muros, hasta que fué hecho por el papa Sergio II presbitero de los cuatro Mártires coronados. Fué electo papa por muerte del mismo Sergio en el año de 847, y gobernó la Iglesia ocho años, tres meses y algunos dias. Los sarracenos habian recientemente saqueado, viniendo de Calabria, la iglesia Vaticana de S. Pedro, y aun se mantenian á los alrededores de Roma. El primer cuidado de Leon fué reparar la parte ornamen-



tal de esta iglesia, especialmente la *Confesion*, ó sepulcro de S. Pedro, con el altar que sobre él hay; y para precaver segundo saqueo en aquel sagrado lugar, con la aprobacion y liberalidad del emperador Lotario, cercó de murallas todo el monte Vaticano, y edificó dentro de ellas un nuevo cuartel de aquella ciudad, que por su nombre se le puso el *Leonino*. Reedificó tambien y reparó los muros de la ciudad misma, y les fortificó con quince torres. Mientras él ponía á Roma en disposicion de defensa marcharon los sarracenos á Porto con intento de saquear la ciudad. Los napolitanos enviaron sus tropas en socorro de los romanos: el papa encontró este refuerzo en Ostia, les eebó su bendicion, y todos los soldados recibieron de su mano la comunión. Despues de haberse retirado el papa se trabó una batalla la mas sangrienta, y los sarracenos quedaron todos ó muertos, ó prisioneros, ó dispersados. El buen papa consideraba los pecados del pueblo como causa principal de todos los desastres públicos; é inflamado de un zelo santo ejercitó con el mayor vigor toda su autoridad en la reformation de las costumbres, y de la disciplina de la Iglesia. Para este intento juntó un concilio en Roma de sesenta y siete obispos; y entre otros ejemplares que hizo depuso y descomulgó á Anastasio, presbitero cardenal de la iglesia de S. Marcelo, porque rehusaba residir en su parroquia. Recibió con muchos honores á Ethelwolfo, rey de Inglaterra, que en el año de 854 hizo una peregrinacion á Roma.

El papa Leon envió á todos los obispos y pastores una *homilia sobre el cargo pastoral*, publicada por Labbé por manuscritos vaticanos, y que se halla tambien en el pontifical romano. En ella se arreglan todas las funciones principales de la dignidad de pastor, y se ve esforzada cada una de sus obligaciones con no menos piedad que erudicion. Entre otros milagros que se cuentan de este papa, se hace mencion de uno en que con la señal de la cruz apagó un fuego muy grande que se habia prendido en la ciudad, y amenazaba ya la iglesia del Principe de los Apóstoles. Murió en 17 de julio del año de 855; y Benedicto III, presbitero de la iglesia de S. Calixto, fué inmediatamente electo papa en su lugar.

*La misa es en honor de S. Alejo, y la oracion la que sigue:*

O Dios, que cada año nos las acciones de aquel cuyo na-  
bienaventurado Alejo, tu con- cimientó al cielo celebramos.  
Por nuestro Señor Jesucris-  
fesor; concédenos que imitemos to, etc.

*La Epistola es del cap. 6 de la primera que el apóstol S. Pablo escribió á Timoteo.*

Carisimo: La piedad junta- los hombres en la muerte y en  
mente con el contentarse con la perdicion. Porque la raiz de  
poco es una grande ganancia. todos los males es la codicia,  
Porque nada trajimos á este por cuyo amor algunos se apar-  
mundo, y no hay duda que nada taron de la fe, y se mezclaron  
podemos sacar de él. Pero en muchos dolores. Pero tú, ó  
teniendo alimentos y con que hombre de Dios, huye de es-  
cubrirnos, contentémonos con- tas cosas, y sigue la justicia,  
esto. Porque los que quieren la piedad, la fe, la caridad, la  
enriquecerse, caen en la tenta- paciencia y la mansedumbre.  
cion, y en el lazo del diablo, y Pelea en la buena guerra de la  
en muchos deseos inútiles y fe, y coge la vida eterna.  
nocivos, los cuales sumergen á

#### REFLEXIONES.

*La concupiscencia es la raiz de todos los males; algunos, de-  
jándose arrastrar de ella, se descaminaron en la fe, y se preci-  
pitaron en mil trabajos y calamidades.* No acusemos, pues, la  
malicia de nuestros enemigos, ni la emulacion de nuestros con-  
currentes, ni la malignidad de los envidiosos en la multitud de  
tantos funestos accidentes como nos hacen gemir. No atribuya-  
mos nuestros disgustos al mal humor de las gentes con quienes  
vivimos nosotros; nosotros mismos somos la única causa de nues-  
tros trabajos y de nuestras inquietudes. En nuestro corazon re-  
side el lago fatal de donde se levantan aquellos negros vapores  
que forman las nubes, que turban la serenidad de nuestros dias,  
y que frecuentemente se resuelven en tan furiosas tempestades.  
La concupiscencia es el triste origen de aquellos impetuosos tor-  
rentes, que inundan, que arrastran y arruinan los mismos lu-  
gares donde se forman. Sufoca el amor de los deleites, apaga el  
deseo de las riquezas, y presto lograrás una gran calma; pero si  
se dejan crecer las pasiones, si se suelta la rienda al insaciable  
ardor de la concupiscencia; si no tiene freno el orgullo, ni la  
ambicion reconoce limites, ¡qué diluvio de males se han de des-  
gajar precisamente sobre el corazon! Entregado este como mise-  
rable presa á las pasiones, de necesidad ha de ser su triste vic-  
tima. Y si solo se sacrificaran los bienes, la vida y el sosiego,  
algun dia podriamos consolarnos quizá de esta pérdida, pero no



hay pasion que no hiera al alma; todas conspiran contra nuestra salvacion. El primer efecto de la concupiscencia es oscurecer el entendimiento, debilitar la razon y corromper el corazon: corrompido este, ¿qué tales serán las costumbres? ¿cuál será la fe, cuál la religion de unas costumbres estragadas? La pasion ofusca al entendimiento; en dominando la concupiscencia, nunca se ven los objetos como son. En puntos naturales se puede errar inocentemente; la opinion es mas universal que la ciencia; pero en materia de fe no hay error voluntario que no sea culpable, ninguno que no guie al precipicio, ninguno que no sea mortal. ¿Te descaminas en esta materia? nada te debe afligir mas, puesto que Jesucristo te enseñó el verdadero camino de la salvacion, y te dejó reglas infalibles. Mas al fin, para quien conoce la ligereza del espíritu humano, y para quien sabe lo corrompido que está el corazon del hombre, no es cosa incomprendible el que una vez desbarre: mas lo que no se puede comprender es la terquedad con que se obstina en descaminarse en medio del día; el empeño en querer dar mas asenso á su espíritu que al de la Iglesia. Todo esto es obra de la pasion; el primer fruto de la concupiscencia es la ceguedad. En dejándose arrastrar de aquella, se desvia de la fe, y al menor desvío de la fe se aleja mucho del verdadero camino. Ahoga la pasion, y cesarán las herejías; destierra la concupiscencia, y á todos los herejes los verás presto convertidos.

*El Evangelio es del cap. 19 de S. Mateo.*

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: He aqui que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido; ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentareis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mí nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

**MEDITACION.**

*De la vida oscura.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera que es muy ventajoso, así para

la salvacion como para la quietud, el nacimiento humilde, la condicion oscura, y una vida privada y escondida. ¡De cuántos estorbos para la salvacion, y de cuántos peligros se libra un hombre de mediana esfera! ¡de cuántos disgustos se exime! No, ciertamente; los grandes del mundo no son los mas dichosos. Acaso se hablaria con mayor propiedad si se dijese que no hay hombres mas dignos de compasion que los grandes del mundo. Ya se sabe que los lugares mas altos son siempre los mas combatidos y agitados; en las montañas mas elevadas no hay abrigo, sino que por fortuna se halle alguna caverna, ó el hueco de una peña para ponerse á cubierto de los torbellinos y de las borrascas. Por eso, si los buscas en la historia, hallarás en ella tantos grandes principes, que considerando todos los peligros inseparables de su estado, las continuas agitaciones, el tumulto eterno, la conspiracion de todas las pasiones, el halago tentador de los sentidos, el incentivo y la multitud de los objetos, todos á competencia mas y mas enemigos de la gracia, espantados así del engañoso cebo del deleite, como de la amargura que le sigue, descendieron de la fastidiosa elevacion de los honores para encontrar asilo en un desierto, ó en el retiro de un claustro; prefirieron la oscuridad de una pobre celda á todo el esplendor, á toda la magnificencia de los mas soberbios palacios, y aun del trono mismo. ¿Y quién los censura de haber abrazado este partido? ¡Ah, que todos admiran con justicia su religion, todos ensalzan su generosidad, y cada año se repiten los elogios de su cordura y de su sabiduria! Pues en este feliz estado, por el cual suspiraron aquellos dichosos grandes del mundo, que le buscaron, y le hallaron en fin á costa de mil estorbos y dificultades, se hallan naturalmente los que nacen sin especial distincion, sin muchos bienes de fortuna, logrando la de disfrutar una vida particular y desconocida. ¿ Los primeros cuántos combates tuvieron que resistir, cuántas dificultades que superar, y cuánto les costó aquella gloriosa victoria? Pero una fortuna mediana, unos talentos moderados y comunes, una honrada oscuridad libran de este monton de embarazos, y colocan al hombre en aquella tranquilidad, en aquella dulce quietud en que quisieran morir casi todos los que vivieron cercados del fausto, de pompa y de esplendor. ¡Ah, y si conocieran cuánto vale su oscura condicion los que viven en ella, y qué poco murmurarian de la Providencia, y qué poco se quejarían de ella! ¡y qué poca envidia tendrían á los grandes!

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera que es preciso que sea mas es-